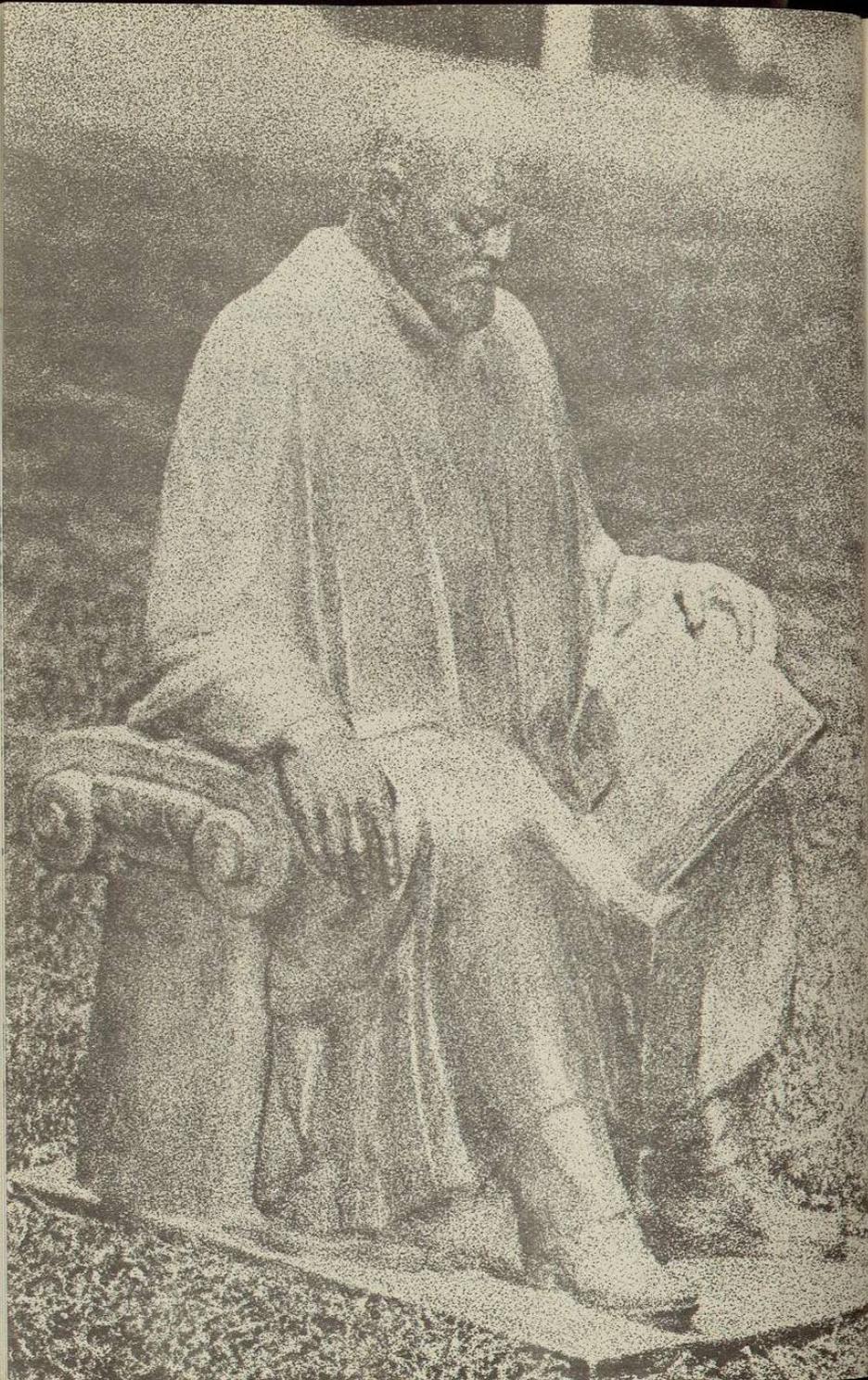


Capítulo III
APORTACIONES
A LA
HISTORIA UNIVERSAL



ALFONSO REYES no se detiene en la pura crónica, porque la historia no puede ser, para él, el recopilamiento de datos; y, entonces, agrega sus agudas observaciones al pretérito, desentrañando los secretos del mismo. Su labor de interpretación lo coloca como uno de los primeros historiadores, entregándonos el pretérito como evocación y como entendimiento.

A). *Religión Griega*

Aunque al principio de la obra el autor afirma que sólo se propone trazar un bos-

quejo de la religión griega y que el libro únicamente servirá de información “al lector general”, la verdad es que alrededor del tema religioso, nos relata la marcha de esta cultura, desde los días de la prehistoria, hasta los de la Grecia Clásica.

La formación del pueblo griego. Las artes, las letras, la familia, las comunidades, la estructura social. La estructura política de los Estados-Ciudades. Su desunión y las aspiraciones de hegemonía de Atenas, Esparta o Tebas. Todo, debidamente analizado junto al tema, desde el siglo VIII —primeros juegos olímpicos— hasta la consumación de la conquista romana en el año de 146.

Junto a la naturaleza y origen de los Dioses, de los ritos, de las danzas, de las ple-garias, de los juramentos y de los sacrificios, Reyes nos explica las distintas etapas de su evolución cultural, dándonos interpretaciones

sociológicas, políticas y económicas de la época.

Al narrar, por ejemplo, las prácticas de la religión griega, traza su bosquejo histórico para llegar a observaciones de interés universal, como cuando dice:

“La religión y sus prácticas no eran, pues, claustrales, ni exclusivas en principio, ni solitarias. Se relacionaban directamente con la comunidad. La misma asamblea del pueblo que entendía en los negocios políticos decidía sobre los asuntos religiosos (autorización de un culto, restauración de un templo, etc.). Todas las actividades de la cultura, acaparadas en el Oriente por las castas sacerdotales, Grecia las entregó a los laicos, y los resultados fueron la libertad del espíritu, la filosofía, las ciencias y las artes. Practicando una intromisión inversa a la que el Oriente conoció, aquí

el laico se adueñó de las funciones hieráticas”.

*(Religión Griega
Página 131, Obras Completas
Fondo de Cultura Económica).*

Al proyectar sus luces sobre este tema, Don Alfonso nos atrae de tal manera hacia lo narrado, que nos lleva hasta el fondo de los hombres y de las cosas, como si buscara lograr la resurrección del pasado, dejando aflorar, conscientemente, su perspectiva visual de historiador y su concepción y representación del mundo.

B). *Libros y Libreros de la Antigüedad*

Don Alfonso realiza un análisis histórico tanto sobre los libros, como sobre los libreros, desde su más remota antigüedad. En su obra hace un notable trazo de la iniciación de los libros y del desarrollo del comercio de la librería. De los libros, nos informa

cómo nacieron los papiros que tanto provecho trajeron a la humanidad, así como sobre su raíz más honda en Egipto.

Trata objetivamente el impulso que a las ciencias dieran estos rollos o volúmenes y describe su desenvolvimiento como medio de difusión de la cultura, desde el siglo V antes de Cristo.

Más adelante, analiza el papel que desempeñan los papiros en la antigua Roma. Habla de las diversas calidades que del mismo se encontraban en el mercado romano; sus distintas formas y dimensiones y hace mención de cómo la *Iliada*, la *Odisea*, las obras de Virgilio, de Valentiniano y de Plinio, circulaban entre los romanos como medio de difusión de su cultura, tanto para consumo interno, como para ser leídas en todo el Imperio.

Con esto, Reyes logra transmitir a los

lectores el interés por conocer el desarrollo de los libros, y desentraña el significado que ha tenido para la humanidad el desenvolvimiento de esta forma de transmisión de conocimientos.

De los libreros, distingue las bibliotecas como institución y las librerías como comercio. De las bibliotecas, llega hasta su principio cuando Aristóteles fundó la suya, que es la primera metódicamente organizada, ya que su plan serviría de base a la futura biblioteca de Alejandría, que fue, antes de Cristo, la más grande y más rica en número de volúmenes y calidad de tratadistas. Nuestro autor menciona como amantes de la biblioteca a Perseo, el Rey de Macedonia; a Nitídotes, el Rey de Ponto y a Hierón, de Siracusa.

De Grecia recopila los datos más antiguos y más veraces sobre este tema y encuentra en Polícrates, tirano de Samos y en Pisís-

trato, tirano de Atenas, los que en Grecia pusieron a disposición del público las primeras grandes colecciones de libros.

Más adelante Don Alfonso analiza, paso a paso, la historia de las bibliotecas en Roma, de las que nos dice servían de sitio de reunión a los eruditos y a los Bibliofabos. Trata en la misma obra, la forma en que en Roma se destinaban grandes cantidades de dinero a crear colecciones públicas de libros y expresa cómo los Generales victoriosos del Imperio Romano, como Emilio, Paulo, Sila, Lúculo, llevaban a Roma como botín precioso, los libros que podían tomar en las conquistas, para enriquecer las bibliotecas públicas del Imperio.

Por último, Don Alfonso hace un análisis de la forma en que se desenvolvía y desarrollaba el negocio de los libreros y nos entrega un trabajo rico en datos sobre el panorama social, económico y político que

privaba en este negocio, que ya desde Roma acusaba un auge monetario fabuloso.

Sus citas sobre los más importantes libreros en Roma, nos permiten un conocimiento profundo sobre el tema y una comprensión perfecta, tanto de los gobernantes que deseaban crear bibliotecas para beneficio del pueblo, como de la forma en que los primeros pensadores de la humanidad pudieron llevar a los libros sus ideas, amén del ambiente comercial que privaba para los mismos, desde antes de la era cristiana.

C). *Pasado Inmediato.*

Para Alfonso Reyes la comprensión del pretérito, con base en distintos sistemas de referencias y en la relatividad de todos ellos, amén de una interdependencia que abarcara el cuadro desde todos los ángulos —a la vez— es la médula del pasado, tanto mediato como inmediato.

Al abordar el pasado inmediato, lo entiende como la historia menos apreciada y la que siempre tratamos de compendiar por economía mental, prefiriendo su liquidación.

Pero Alfonso Reyes no se detiene ante el obstáculo de la impopularidad del pasado inmediato. Por el contrario, se adentra a su estudio y nos entrega una de sus más grandes obras de carácter histórico: "Pasado Inmediato". En ella palpita la comprensión de la vida cultural y política que México viviera a partir del año de 1910. De Porfirio Díaz, Alfonso Reyes expresa en *Pasado Inmediato*:

"El antiguo régimen —o como alguna vez lo oí llamar con pintoresca palabra, el Porfiriato— venía dando síntomas de caducidad y había durado más allá de lo que la naturaleza parecía consentir. El dictador había entrado francamente en esa senda de soledad que es la vejez. Entre él y su pueblo se ahondaba un

abismo cronológico. La voz de la calle no llegaba ya hasta sus oídos, tras el telón espeso de prosperidad que tejía para sí una clase privilegiada. El problema de una ineludible sucesión era ya angustioso. El caudillo de la paz, de la larga paz, había intentado soluciones ofreciendo candidatos al pueblo, pero no se es Dictador en vano. La dictadura, como testigo, es recurso desesperado que, de perpetuarse, lo mismo envenena al que la ejerce, que a los que la padecen. El Dictador tenía celos de sus propias criaturas y las devoraba como Saturno, conforme las iba proponiendo a la aceptación del sentir público. Y entonces acudía a figuras sin relieve que no merecieron el acatamiento de la nación. Y el pueblo, en el despertar de un sueño prolongado, quería ya escoger por sí mismo, quería ejercitar sus propias manos y saberse dueño de sus músculos”.

*(Pasado Inmediato. Página 183.
Tomo XII. Obras Completas.
Fondo de Cultura Económica).*

Y en la narración, Alfonso Reyes entiende a la paz porfiriana como especie de inmovilidad. Entiende también, al igual que Bulnes tuvo que aceptarlo, que la paz reinaba en las calles y en las plazas, pero no en las conciencias. Por otra parte, sabe que la Revolución Mexicana brotó de un impulso, más que de una idea y que no tuvo la planeación ni las doctrinas de las Revoluciones Rusa y Francesa.

Pero entiende también que fue en la inteligencia, en la cultura, en las masas universitarias y en el mundo de las letras, donde el impulso tomó su camino más decidido y entonces, inicia el trazo histórico de la cultura y de los hombres mexicanos desde 1910, analizando las corrientes filosóficas y científicas que imperaban en la época. Y continúa con la Preparatoria del 910; con la Universidad

Popular, con la primera Facultad de Humanidades, para terminar analizando a la generación de pensadores, hasta 1920.

Al vivir de nuevo el pasado que está narrando, Don Alfonso añora la época. Y como si hubiese sentido en su propia conciencia los ideales y el pensamiento de quienes explora la vida; las concepciones se diluyen en un planteamiento muy objetivo de los hechos. Planteamiento que nos hace comprender y alternar —con el mismo escritor— su validez en el transcurso de las épocas.

En la misma obra, Don Alfonso bosqueja la historia del itinerario intelectual de aquel grupo que —en México— se orientó decididamente hacia el humanismo y que marcara en nuestro País, el principio de esa corriente literaria, que terminó con las doctrinas positivistas, en que se basaba la enseñanza.

Desarrolla también su biografía desde el



17 de mayo de 1889, en Monterrey, y sigue paso a paso sus estudios en Escuelas Particulares, en el Liceo Francés de México. En el Colegio Civil de Monterrey y en la Escuela Nacional Preparatoria de México. Continúa por aquellos famosos días “de los cursos” en la Facultad Nacional de Jurisprudencia. Por Madrid, en donde se entrega al periodismo y llega a Ministro Plenipotenciario, a Embajador y a relatar cómo, desde 1939, dirige el Centro de Cultura, que en 1940 tomó el nombre de Colegio de México, del que fuera Presidente.

D). *La Revolución Rusa*

Don Alfonso tiene un pequeño ensayo histórico —poco conocido— sobre la Revolución Rusa. Ese movimiento, que al triunfar, ha cambiado radicalmente los conceptos económicos, políticos y sociales de la humanidad. Esa revolución que divide ahora —a

pocos años de haberse consolidado— al mundo en dos bandos: socialistas y capitalistas.

En unas cuantas páginas se nos entrega narrada y comprendida la historia completa del movimiento ruso, desde sus antecedentes en la época de Nicolás I, (1825) —cuando la nobleza rusa se explicaba mejor en francés que en su propio idioma— hasta “El tratado de Brest Litovsk”, pasando por el análisis de las cuestiones técnicas de la insurrección.

En su obra, Reyes divide el recorrido de la Revolución Rusa en cuatro etapas: primera, en 1825, revolución aristocrática; segunda en 1861, revolución romántica, pacifista; tercera, en 1879, revolución terrorista y por último, cuarto período, revolución económica.

Al pintarnos las condiciones políticas y sociales —en las altas esferas— de los últimos días del zarismo, nos dice:

“Como caso de verdadera demencia consideran algunos los últimos días del zarismo, donde nadie quiere prestar oídos a los consejos de la prudencia más elemental. Aparecen aquí unos tenebrosos personajes, místicos del mal o charlatanes funestos. Los ministros de guerra se conducen equívocamente; las fábricas de municiones eran propiedad del enemigo; las derrotas, productos del general desquiciamiento, eran achacadas por la prensa zarista, como las épocas más oscuras, a cualquier influencia misteriosa; por ejemplo, a los escarnecidos judíos. Centenares de judíos inocentes eran sacrificados. En vano intentaba protegerlos el conde Tolstoi, respondiendo a la opinión popular y secundado por algunos valientes. Un diputado en plena Duma, dijo, señalando a los Ministros: ‘He ahí a los verdaderos traidores’. En Palacio, un carnaval de uniformes y plumeros, una bacanal continua; una mujer

trágica, hipnotizada por un fascinador salvaje. Y entre las poblaciones, el hambre; y el frío y la muerte, en las trincheras.

La Unión de Ciudades y Diputaciones, presidida por Lvof, en vano intentaba organizar el aprovisionamiento. Manos ocultas acabaron por estrangularla.

Los Ministros eran hechuras del siniestro favorito Rasputín; Sturmer, el que causó el desastre de Rumania, y su secretario Manuilof enredado en feos negocios; Protopopof, el que cerró la Duma; Debrovolski, que encantaba a las damas de la Corte con sus sesiones de espiritismo; Maklakof, que sabía imitar a maravilla los rugidos y saltos de la pantera enamorada; Cheglovitof, nefasto ministro de Justicia”.

*(La Revolución Rusa. Página 495.
Tomo IV. Obras Completas. Fondo
de Cultura Económica).*

Las condiciones de vida bajo el zarismo; la familia imperial; el siniestro favorito Rasputín; los motines; las sublevaciones. Las distintas facciones dentro de la lucha por adueñarse del poder; la Duma; la Asamblea Constituyente; Karenski; el Consejo de los Soviets; los comités revolucionarios, todo nos es relatado de tal manera, que al término de la lectura debemos reconocer la narración histórica, equilibrada, congruente y objetiva.